



ron en unas isletas que solian estar por los confines de Cádiz y del Estrecho de Gibraltar, solitarias y desiertas; donde despues de haber considerado la buena disposicion que parecian tener, comenzaron á labrar casas de placer, y pusieron gran diversidad de frutales y muchas arboledas nuevas sobre las primeras que tenian ellas de su natural, convidando para todas estas labores á los españoles andaluces entre quien moraban y de tal arte lo comenzaron á labrar, que gastados tres años ó poco más, estaban ya casi todas llenas de granjerias excelentes, edificadas á la manera de Yonia, con adornamientos muy nuevos y muy galanes, porque tambien en esto de los edificios, como en el arte de labrar navios, tuvieron los focenses grandes primores y trazas de proporcion mucho singular. En este tiempo, que fué casi por el año de quinientos cuarenta y dos años que nuestro Señor Jesucristo naciese, ó cierto poco primero, dió fin á sus dias Argantonio, gobernador y señor de los andaluces, cuyo fallecimiento de fuerza haria gran falta por todas aquellas tierras y comarcas, y sin duda lo sentirian estos focenses de Yonia más que nadie, segun las buenas obras que continuo recibian dél; pero como ya quedasen muy arraigados en la region, y bien quistos de los moradores della, conserváronse por allí con el ménos bullicio que podian, teniendo respecto principal á la vivienda sola de Tarifa, y á la granjeria destas isletas que tenemos dicho, dentro de las cuales nadie podia declarar cuánto se multiplicaban cada dia los pasatiempos de cazas y los jardines, y las muchas frescuras que por ellas plantaban, tanto, que así por la multitud desto como por la fertilidad y templanza de los aires, fueron dichas, entre los antiguos las insulas Afrodiasias, que significa en la habla griega, las insulas de la diosa Vénus á quien ellos decian Afroditis.

Y la gentilidad entre los otros sus errores, la reverenciaban por señora de los placeres y deleites de la vida mundana. Mas dado que tuviesen aquel apellido general todas estas islas en el tiempo que fueron en el mundo, no por eso dejaba cada cual de tener sus nombres particulares. Unos que les pusieron estos focenses cuando primeramente las ocuparon, otros que tenian ántes entre los españoles andaluces. La primera llamaban Ermea, que quiere decir isla del dios Mercurio. La segunda Junonia ó de la diosa Juno, por causa de una ermita que fundaron despues frontero della, sobre la costa del Andalucía, con título de la diosa Juno, que tambien reverenciaban los gentiles como cosa muy divina. Otra decian Atera, de doce mil

pasos en largo y diez mil en ancho; la cual publicaban algunos haber sido otro tiempo junta con el continente de España, y que los eritreos ántes que fuese isla poblaron en ella un lugar cuando vinieron con Hércules, y que desde all poseyeron la tierra de Cádiz. Sospechaban tambien por esta misma razon, que debió ser aquella la que por otro nombre llamaban Eritrea, de quien escribimos en los veintiocho capítulos del primer libro. Otra destas islas nombraron Cotinusa, por causa de los acebuches en abundancia que solia criar, á quien los griegos en su lenguaje llaman Cotinos, si muchos autores no certificáran ser una mesma que la de Cádiz. Otra decian Didima, donde los vecinos de Cádiz hicieron poco despues sus moradas á su parte con casas de placer, por ser bastecida de frescuras y de muchas aguas. Para la cual obra tomaron oficiales focenses que se las obraron maravillosamente, segun la manera de los edificios yónicos, que fueron siempre muy apacibles y firmes. Tambien comenzaron los fenices de Cádiz á labrar desde allí navios de cincuenta remos, por la mesma muestra de las fustas que los focenses usaban, teniéndolos por más provechosos que los otros navios de las facciones antiguas. Y como su hecho destes fenices anduviese por el Andalucía mejorado cada dia, presto metieron al agua copia de las tales fustas, llamadas Penticoterias, con que principiaron á navegar descansadamente, tentando muy á menudo las jornadas del mar Océano de Poniente por las riberas africanas y españolas, y áun algunas veces engolfándose más de lo que solian. Con los cuales artificios y con la comunicacion que dellos procedia pudieran vivir los unos y los otros en provechos muy crecidos, si los fenices poco despues no lo desbaratarán todo, como presto contarémos, dado que ningun daño de los que vinieron al presente bastó para que la morada de las insulas Afrodiasias no se llevasen muy adelante con sobrada prosperidad y mucho vicio. Pero ya en este nuestro tiempo cuanto por allí solia ser, ha perecido de todo punto, porque la mar desde grandes años ántes lo tiene gastado y sumido, sin quedar isla destas Afrodiasias, ni memoria, ni rastro de aquellos sobrados pasatiempos que por ellas hubo, sino es la que dijimos llamarse de la diosa Juno, frontero de Tarifa, que permanece junto con la ribera, tan pequeña y gastada, que nadie hace della mencion, aunque todavia parece dentro algunos aljibes y rastro de sus edificios bien obrados, que declaran haber sido tratada los tiempos antiguos, y provechosa de aquello poco que en sí contiene.



CAPITULO XXVI.

De muchas otras cosas que se dice los focenses haber hecho en España y fuera della, y cómo los cartagineses africanos tornaron segunda vez á las islas de Mallorca y de Menorca, donde rehicieron muchas estancias y levantaron nuevas defensas en toda su marina.

Ya fuera justa razon de pasarnos á las otras gentes españolas y proseguir los acontecimientos que por este tiempo les vinieron, si los focenses venidos en España todavia no nos echáran de nuevo la mano, deteniéndonos en sus cosas. Dígolo, porque allende lo sobredicho hallo memoria de cierta poblacion señalada y magnífica, que fundaron tambien sobre la marina frontero de los principios orientales del Andalucía, la cual no declaran qué nombre tuviese, ni dicen cosa della, más de ser la postrera que cimentaron acá los focenses á la parte del Poniente, donde se juntaron despues en mercados y ferias muchas de las gentes comarcanas, y se hicieron escabeches de pescados en gran abundancia. No faltaron cosmógrafos antiguos de los bien considerados, que certificaban ser esta la ciudad de Málaga, llamada primeramente Menace. Pero cierto sabemos, que discrepaban ambas muy mucho, pues como digo, la de los focenses quedaba más alejada del estrecho que Málaga, cuyas muestras duraron allí mucho tiempo con repartimientos y trazas á la manera de Grecia, siendo los edificios en Málaga notoriamente fenices, como presto lo declararémos en los veintiocho capítulos siguientes. Dicen tambien otros autores haber entrado compañías destes focenses por la tierra más dentro de España, donde poblaron la ciudad que primero fué dicha Castulon, poderosa y principal en los fines postreros de la provincia, que despues llamaron España la Tarragonesa, muy cerca de donde partia término con la provincia nombrada Bética, segun que sus rayas y particiones ambas dejamos apuntadas en los principios del primer libro. Las señales de la cual ciudad hallamos hoy dia donde llaman Cazlona la vieja, casi tres leguas adelante de Baeza contra el occidente septentrional, no léjos de Linares, cercanas á un rio pequeño, que los moros africanos cuando mucho despues tiranizaron aquella provincia, sacándola de poder de los españoles cristianos, nombrada Guadalhmar, como tambien hoy dia lo llamamos despues que nuestros progenitores la cobraron. Afirman los que de esta ciudad hablan, haber sido dicha Castulon, porque del mismo nombre se decia tambien

una mujer destes focenses, sacerdotisa del dios Apolo, la cual mujer fué principal entre sus fundadores, ó segun otros creen, dijéronla Castulon, por memoria de cierta fuente nombrada Castalia, famosa y muy alabada sobre todas las fuentes de Grecia, dentro de la provincia donde salieron los progenitores destes focenses, cuando pasaron en Asia para poblar las trece ciudades, de quien ya dejamos hecha memoria. Mas porque deste pueblo Castulon, que como dije, fué muy principal y señalado todos los dias que en España permaneció, hablaremos en diversas partes desta corónica, que vendrán bien á propósito, no conviene por agora detenernos en su relacion, ni decimos esto por otro fin, sino por avisar á los lectores que todo cuanto en su primera fundacion y en la causa de su nombre quiere atribuir á los focenses, fué burla fingida de poetas, porque verdaderamente sus principiadores fueron españoles, naturales de la mesma provincia donde la tal poblacion estaba, como ya lo mostramos en el treinta y un capítulo del primer libro.

Mayormente, que si bien lo consideran, no pudieron esta vez quedar acá tanto número de focenses que bastasen á tantas empresas, ni dado que bastáran lo hicieran; porque como fuesen todos gente de mar, todos sus acontecimientos eran en la ribera y en la costa de las marinas, y áun esto no tan de fiuzia que lo más principal no lo dirigiesen á la posesion y vivienda de las islas Afrodiasias cercanas al Estrecho de Tarifa, donde gozaban siempre de tantos deportes y contentamientos cuanto tuvieron de fatigas y desastres los otros sus compañeros que no quisieron parar en España cuanto todos vinieron á ella. Los cuales, despues que de Argantonio se despidieron, como dijimos en el capítulo pasado, para volver á su tierra, perdieron la ciudad de Focea con la libertad y con lo principal que poseian en la provincia de Yonia, mediante la guerra cruel y continua que Harpalo, capitan del rey Ciro, les hizo. Y así desamparada su naturaleza, tornaron á salir nuevamente crecida multitud dellos con sus haciendas, hijos y navios á buscar tierras donde cupiesen, juramentándose con grandes ceremonias, y poniendo sobre sí terribles maldiciones si jamas en aquella provincia tornasen. Y para más lo solemnizar vinieron á la ciudad de Epheso, donde las gentes asiáticas en aquellos tiempos tenian un templo de la diosa Diana, labrado con extraña magnificencia, tal, que fué contado por ura de las maravillas del mundo. La cual diosa tomaron estos focenses por abogada de su camino, prometiendo delante su imágen que cumplirian



lo jurado y la servirían y reverenciarían donde quiera que llegasen, mucho más principalmente que á ningún otro dios de los que la gentilidad acataba si los guiase donde tuviesen algún descanso. Desde allí comenzaron su navegación y tentaron hacer asiento por algunas regiones en que no hallaron el acogimiento que les convenía. Fué necesario pasar todos juntos á la isla de Córcega, donde veinte años ántes cuando tenían prosperidad habían enviado gente, y edificado cierta población que dijeron Alalia, y bastécidola de moradores griegos focenses asiáticos sus naturales. En España no quisieron venir, porque sabida la muerte del rey Argantonio, no creían hallar quien los albergase, ni tanta tierra desocupada cerca de la marina que bastase para todos ellos segun eran muchos. De manera que lo mejor les pareció quedar en Alalia, para desde allí conquistar á Córcega poco á poco, lo cual iban ya poniendo por obra, y perseverarían en ello cuanto pudieran, si pasados cinco años despues de su venida, los italianos tirreos cercanos á Génova y Pisa, no se concertaran para lo contradecir con los africanos vecinos de la gran Cartago, que ya por estos dias andaban reparados de todas sus adversidades pasadas, y sobre las otras cosas pretendían señorear las islas occidentales de nuestro mar Mediterráneo, señaladamente la de Córcega y de Cerdeña con Sicilia y con las de Mallorca y de Menorca. Juntas aquellas dos gentes italianas y cartaginesas, pusieron en el agua contra los focenses sesenta fustas armadas, muy bastecidas de gentes y de cualesquier armas. Con otras tantas salieron á ellos los focenses, y pasaron una pelea tan cruel y con tanta muerte de gentes á toda parte, que los focenses, dado que tuvieron victoria, perdieron de su flota cuarenta fustas muy esmeradas; y no queriendo esperar la revuelta de sus enemigos desampararon á Córcega, y con sus mujeres y jarcia se pasaron en Italia, donde hicieron asiento cerca de Ríjoles en las partes de Lucania, dentro de las fronteras de Calabria, que caen contra Sicilia, y allí poblaron un lugar que dijeron Heliá, llamado despues Hiela, que tambien más comunmente discurrendo los tiempos fué dicho Velia, puesto que mirando los cronistas antiguos en este caso, yo sé bien haber algunos dellos discrepantes de Herodoto, que dicen haber sido la tal población ántes de la batalla de Córcega cuando la primera vez huían los focenses de su tierra, lo cual se recoge claro de los tiempos que le señalan Estrabon y Aulo Gelio con otros historiadores que los siguen.

Pero dejándolos en esta razon, y tomando los otros autores más ciertos que primero dijimos, hallase que como parte destes focenses no tuviesen contentamiento de la morada de Velia, creo yo que por recelo de los cartagineses, que ya traían grandes inteligencias en Sicilia, ó puede ser tambien que por el sitio ser húmedo y mal sano, y en lugar estéril y cenagoso, pasados algunos años los más dellos tornaron á sus navíos, y navegando las otras marinas ó costas italianas, llegaron á la boca del rio Tibre, y á pocas leguas el agua arriba hallaron la ciudad de Roma, con cuyos vecinos asentaron gran amistad, que les duró mucho tiempo. Luégo pasaron á la tierra de Francia, que llamaban en aquellos dias Galia; y aquí pusieron fin á su peregrinacion y trabajos en el año de quinientos diez y nueve, ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, que fué veintisiete años despues que desampararon la ciudad de Focea. Reposaron y fundaron allí la ciudad de Marsella sobre la costa del mar, en la parte que se muestran hoy dia sus indicios y señales cerca de Marsella la nueva, población principal de Francia por este nuestro tiempo. Cuya memoria vino muy bien aquí, porque tambien ella como toda la provincia de su comarca, por derecha sucesion pertenecen á vuestra majestad, y á los príncipes herederos sucesores en vuestros reinos, estados y señoríos españoles, aunque por agora la tengan usurpada los reyes franceses como por extenso lo declararemos y probaremos, cuando la crónica llegare con el ayuda de Dios á contar la sazón y los tiempos de vuestro reinado. Por agora baste saber esto della, pues parece que se nos vino de su grado revuelto con la relacion de España, para que cuando placiendo á Nuestro Señor la cobráremos y fuere junta con los señoríos españoles, tengamos noticia cuál fué y en qué tiempo su fundacion y principio. No dejaré de señalar en este caso, pues nos toca tanto, que los libros de San Eusebio, y áun los de Solino tambien por culpa segun yo creo de sus trasladadores y escribientes, ponen la población de Marsella mucho más trasera y antigua de lo que señalamos aquí; pero claramente parece ser la culpa de quien digo, pues sabemos averiguado que todos aquellos focenses griegos, sus fundadores, vinieron huyendo de Yonia la de Asia, por la tiranía de Harpalo, capitán del rey Cyro, y duraron en todos los negocios que dejamos escritos, hasta los primeros tiempos del otro rey persiano llamado Darío, hijo de Hystapes, en cuyos dias aconteció verdaderamente la fundacion de Marsella, segun Agacio



Griego lo declara. De manera, que ni aquel Harpalo, ni su rey Cyro, ni los años que los focenses gastaron en su peregrinacion, considerando todo como se debe considerar, fueron primero ni despues de los tiempos que dejamos aclarados. Esto fenecido, los cartagineses africanos sintiéndose prósperos y vencedores de sus adversarios los focenses, con reparo grande de todas sus quiebras antiguas, despacharon navíos y gente sobre las islas de Mallorca y de Menorca, para que renovasen las estancias viejas de la ribera, que sus antepasados muchos años ántes habían allí hecho; los cuales, no contentos con reparar lo derrocado, fundaron de nuevo palizadas y torrejones en sitios bien pertenecientes á su propósito. Quisieran tambien esta vez procurar alguna comunicacion en España por las tierras más cercanas que caían en las fronteras destas islas, sino que los saguntinos de Monvedre, con otros españoles sus confederados, temiendo la potencia de Cartago, que ya por todo cabo se conocía, rehusaron mucho recibirlos entre sí, ni les placía con la vecindad destas islas, aunque le caían apartadas, sólo por la color que desde ellas tomaban los cartagineses en este caso.

Y así quedaron los negocios en aquellas partes suspensos, sin que los unos ni los otros alterasen alguna cosa. Por lo cual quiere tambien la crónica dejarlos agora basteciendo sus estancias de Mallorca, para tornar á la cuenta de lo que hicieron los fenices de Cádiz contra los pueblos y gentes andaluzas sus vecinos y comarcanos.

CAPÍTULO XXVII.

Cómo los andaluces tomaron armas abiertamente para resistir los desafueros que Cádiz y sus fenices hacían en su region. Y de cierto socorro de gente griega que los tales fenices hubieron para resistir, con que remediaron mucha parte de sus hechos.

Eran ya por este tiempo tantas las demasías que los fenices de Sidon y de Tiro con los otros sus parientes de Cádiz hacían en España, que por ningún modo se podían esconder sus encubiertas ni la simplicidad de los pueblos entre quien trataban bastó para no sentir los desórdenes grandes que con su codicia de riqueza cada dia tentaban; porque no contentos con haber ocupado lo mejor y más provechoso de todas estas provincias y tenerlas manifestamente de su mano, tomaban por engaño los hombres y mujeres cuantas podían haber, y con achaque de los llevar á labores y jorna-

les, de que fingían tener muy gran necesidad, prometiéndoles sus acostamientos ordinarios, los metían en las cuevas y mineros de plomo y estaño, y azogue, plata y oro, de que toda el Andalucía estaba llena, para que cavasen y sacasen aquellos metales. Y despues que los tales andaluces allí venían jamas los dejaban salir, poniendo muchas guardas en ellos y haciéndoles trabajar muchas noches y dias tan sin piedad, que poco tiempo vivían en aquella desventura, lo cual era sólo consuelo de tantos males. A muchos otros con palabras engañosas traían á sus fustas y navíos, y los pasaban en Tiro y en Sidon, y en Africa y en la Suria, y en otras diversas partes del mundo, donde los vendían y se aprovechaban dellos por esclavos. Sin esto, la ciudad con el templo que tenían edificados parecían tan aventajados y tan engrandecidos, que notoriamente desde ellos bastaban á hacer cuantos daños quisiesen, porque ninguna fortaleza de la provincia se les igualaba ni podía comparar. Y con ser ella tal, traían dentro multitud de españoles, á la verdad detenidos; si procuraban de salir fuera, luégo los mataban con diversos géneros de tormentos. Y tambien si conocían persona principal de quien les pudiese venir algún daño, procuraban de la traer allí con alguna cautela, donde luégo era muerto. La cual costumbre parece que fué siempre natural á la nacion destes fenices desde sus principios en ser crueles y matadores, segun Aristóteles apunta, diciendo llamarse fenices, porque solían matar á cuantos hallaban donde quiera que viniesen con sus navíos. Y porque (como declara Fenise ó Fonebin) en lengua griega significa matar, los llamaron fenices, y fenicon al tal deseo de hacer muertes; dado que muchos historiadores afirman nombrarse fenices, por causa de cierto varon egipciano llamado Fenice, que primeramente hizo poblaciones en aquella tierra. Desto se puede conjeturar el provecho que resultaba de la gobernacion de Argantonio por aquellas comarcas, pues todos los tiempos que las historias platican de su vida no dan á sentir agravio ni desafuero público, que los fenices obrasen contra los andaluces; y luégo como cuentan su muerte, tornan á tratar dellos las crueldades y fuerzas primeras, las cuales, dicen, que siendo cada dia más claras y mayores, los andaluces comenzaron en muchas partes á recelar dellos, no los recibiendo en sus lugares cuando venían, huyendo la peligrosa conversacion que los dias pasados habían tenido, por tal arte y manera, que de lance en lance creció la enemistad y el enojo de véras, que los fenices sobreyeron en ello poco



tiempo lo más disimuladamente que podían, porque no se turbase ni rebelase toda la gente de la tierra.

Los andaluces, viendo ya que sus enemigos no venían como solían á fatigarlos en sus casas, y que desde la ciudad principal y sus alrededores eran los daños que hacían, salieron ellos también por allí como por los otros campos y despoblados de la tierra, donde cuantos fenices topaban maltrataban gravemente, hiéndolos y destruyéndoles las personas, con todo lo demás que tocase á sus haciendas y tratos, y generalmente les ponían á toda parte tales estorbos, que ni se les osaban desmandar como solían, ni discurrían tan sueltos como primero; mas á la sazón estaban los fenices tan arraigados en aquellas comarcas, que aunque no tuviesen las entradas y salidas mucho libres, pusieron gentes armadas en los pasos principales, y lo demás que posían teníanlo tan á buen recado, tan fortalecido y con tales defensas, que fuera muy dificultoso despojarlos dellos. Con esto gastaron años y tiempos los unos y los otros en trabajos y discordias continuas. En fin de las cuales, conociendo los andaluces que de todos cuantos recuentros habían con ellos alcanzaban siempre victoria, y que ya notoriamente los fenices andaban atemorizados, apretáronlos más de recio que nunca, tan denodados y con tanta determinación, que por ningún modo se pudieran valer ni amparar si no fuera por las torres y lugares fuertes que poseían en la comarca, de los cuales hubo muchos quemados y derrocados por el suelo, muchos también donde no pudieron obrar aquel daño, fueron ganados á fuerza de combates; y si quedaron algunos lugares de fenices dentro de la tierra, serían de muy poca sustancia, tales que no mitaron en ellos, ó los andaluces no los tuvieron en algo. Verdaderamente pudieran aquella vez echarlos fuera de todo punto, si no llegáran á la sazón en el Andalucía ciertas galeras medianamente proveídas de gente griega, naturales y nacidos en la misma tierra de Grecia; los cuales andaban huidos ó desterrados de sus casas. Y sabida la fama de la riqueza que tantos años aquellos fenices continuo sacaban de España, se vinieron á ella como mejor pudieron. Así que tomaron tierra dentro de los puertos españoles de nuestro mar Mediterráneo, pocas leguas ántes del Estrecho de Gibraltar, sin estorbo ni contradicción de nadie. Los fenices, oída su llegada, vinieron á ellos prometiéndoles crecidos intereses, ofreciéndoles confederación perpetua de su compañía, y con éstos y con alguna gente de moros africanos, que cogieron á

suelo, se tornaron á derramar por el Andalucía, renovando la guerra tan de presto, que brevemente cobraron casi todos los mineros, y torres y sitios fuertes que primero poseían, en lo cual aunque parte de los españoles mirasen, y les pesase dello, no movieron ni se determinaron á resistirles por el presente, creyendo que sólo pretendían cobrar lo perdido, y que con acordarse de la guerra pasada, quedarían tan escarmentados, que por no se ver en otra tal cesarian en las prisiones y crueldades que primero tentaban contra las gentes y pueblos de la tierra.

Pero como la victoria por la mayor parte traía consigo soberbia, mayormente si malos la tienen, considerando los fenices y sus allegados, que los andaluces no se movían, y les dejaban salir con todas sus presas y robos, creyeron que de temor lo hiciesen, y comenzaron de nuevo los daños y crueldades acostumbrados, mucho más continos y más públicos que solían, formando la guerra manifiesta, como contra sus enemigos capitales, matándolos y destrozándolos donde quiera que los hallaban en el campo y en las poblaciones. Y no contentos con esto procuraron de tomar á pura fuerza la villa nombrada Turdeto, que por estos días era cabeza de todo lo mejor de las gentes andaluzas, y al dicho de sus naturales della, fué la primera y más antigua de cuantas en aquella tierra se poblaron. Esta (según las señas que de su sitio pone Juliano Luca Diácono), solía ser todos los días que por allí duró, en medio camino que iba entre dos villas, nombradas en su tiempo Cesariano y Arcobriga, que son ahora ciertamente Jerez de la Frontera y Arcos, mucho conocidas y sabidas en el Andalucía, desviadas cinco leguas la una de la otra. Puesto que (como el mismo Juliano confiesa) la población Cesariana no era fundada cuando los fenices de Sidon y de Tiro quisieron sojuzgar á Turdeto; pero certifica que Turdeto y Arcabriga, caían muy cercanas al magnífico templo y á la gran ciudad que los fenices y sus allegados los de Cádiz allí poseían, desde la cual obraban todas aquellas demasías y desafueros.



CAPÍTULO XXVIII.

De las poblaciones que los de Cádiz y sus fenices habían estos años fundado sobre la costa del Andalucía, y cómo la gran ciudad y su templo que tenían dentro de la tierra fueron destruidos con todos sus valedores. Declárase también el sitio de la ciudad y del templo, con el nombre que tuvieron en aquel siglo.

Visto por los andaluces que siempre las enemistades pasaban adelante, y que por haber ellos aflojado la resistencia, perseveraban los fenices en su mal propósito, tomaron de nuevo las armas, y juntando consigo cantidad de los célticos que los años ántes hubieron venido de la Lusitania, comarcanos á la provincia donde pasaban estas cosas, comenzaron á salir por los campos, y á defender las demasías y daños que los fenices hacían, en la cual demanda entraron aquellos célticos muy de buena voluntad, porque ya tenían contrataciones y ligas con parte destes andaluces, y conjeturaron que si los fenices de Sidon y de Tiro y los otros sus confederados prevaleciesen contra ellos, emprenderían lo mesmo contra los célticos. Así que todos juntos puestos en debate, recudían á cuantos peligros y trances venían, tan sin pavor y con tanto denuedo, que cada día los arrancañan de la provincia, matándoles gran parte de sus compañías, y como los derramamientos de sangre fuesen muchos y muy continos, andaban los andaluces tan embravecidos, y tan cebados en usarlo, que dentro de la tierra por ninguna parte bastaron los fenices á se les defender, y todo lo principal dellos se vino retrayendo contra la marina, donde tenían algunas flotas suyas y de sus allegados, con que trabajosamente conservaron los puertos y lugares fortalecidos que por allí poseían; cuales fueron la ciudad de Málaga sobre la ribera del mar Mediterráneo, la cual estos fenices habían edificado pocos años ántes que la guerra se comenzase, llamándola primero Menace, á quien despues los cartagineses engrandecieron mucho con moradores africanos, tanto, que por aquel engrandecimiento les atribuyen á ellos lo principal de su población, como muy presto lo veremos.

Tenían eso mesmo los fenices, y su liga sobre la costa de nuestro mar, otro pueblo fortalecido cerca de la parte donde hallamos agora la villa de Almuñécar, en el cabo que dijimos, los antecesores destes fenices haber tomado tierra cuando vinieron en España con demanda de poblar las columnas de Hércules, según en el sétimo capítulo deste libro lo contamos;

al cual pueblo llamaron ellos Axi ó Exi, dado que despues también fué nombrado Sexi. Poco más oriental sobre la mesma ribera, tenían otro lugar en lo postrero casi del Andalucía, que llamaron Abdera, que parece ser aque que Ptolomeo y la gente de nuestro tiempo llaman Adra, conocido y señalado dentro del reino de Granada, puesto que muchos crean ser la ciudad de Almería la que llamaban otros tiempos Abdera. Los que dicen esto sospechan también que los alarabes y moros africanos despues que pasaron en España por le decir Abera, la nombraron Abderia; despues nosotros los españoles cristianos, corrompiendo más el vocablo, la pronunciamos Almería. La crónica de España, compuesta por mandado del serenísimo rey D. Alonso el Sabio, con todas las otras Historias castellanas, escriben esta ciudad de Almería los tiempos antiguos haberse llamado Urgi; y ciertamente Urgi, lugar fué señalado por los cosmógraphos pasados, algo junto con la población de Almería. Tenían eso mesmo los fenices otro puerto llamado Melaria, sobre la canal del estrecho, casi junto con la parte donde fueron despues las Algeciras, y no cerca de Bejel de la miel, como porfían algunos, pues aquel Bejel está mucho lejos de la boca del tal estrecho. De todos éstos y de muchos otros edificios que los fenices fundaron en el Andalucía, no declaran las Historias particularmente qué tiempos ó qué días los comenzasen á morar, ni poner otra cosa más, de tener por cierto que pocos años ántes de la guerra que trabaron con los andaluces, pusieron allí gente de vecindad, en que tuvieron gran acogida cuando fueron desbaratados, y se retrajeron en aquellas partes, donde se repararon y fortalecieron lo mejor que fué posible; mas no de tal arte, que cuanto por allí trabajaban pudiese mucho conservarse, porque verdaderamente lo principal de su defensa fué la grandeza de su ciudad y del templo que tenían dentro de la provincia, tan bastecida con gente y tan guardados y proveídos, que por esta sola causa fueron siempre recelados de los españoles comarcanos; y quien quiera bastaba para conocer que ni los unos ni los otros quedarían jamás en reposo, conservando los fenices aquellas dos fuerzas en tanta magnificencia, por la cual se determinaron los andaluces ó morir ó destruirlos, y pusieron en ello tal vehemencia con tanta perseverancia de combates y de tenerlos cercados, que pareciendo imposible fatigar una cosa tan fuerte y tan reparada, no siendo por aquellos días ellos ni las otras gentes españoles diestros en poner cercos in reales, ni en otros primores de guerra, que